

Capítulo 1: infancia difícil.

Antes de comenzar, os confieso que esta historia trata de un héroe, un héroe y su leyenda. No todos los héroes son pura bondad, algunos son crueles asesinos motivados por su tenaz personalidad. Os voy a relatar la vida del infame Jonatán Cervantes De la Vega, un sanguinario homicida que se ha ganado el título de “leyenda viva” por méritos propios.

Mi historia comienza con una familia de clase media-baja, los cuales viven en un barrio marginal donde encontrar paz es difícil. No es un lugar peligroso, pero si inquieto, siempre hay problemas con la policía o entre ellos mismos.

Esta familia consta de cuatro miembros. El hijo mayor se llama Jonatán Cervantes De la Vega. Él es un chico fuerte, de quince años de edad, alto, con el pelo negro carbón y de recio carácter. Siempre utiliza la palabra antes que la violencia, pero sus problemas le han hecho valerse de ella más de una vez.

Jonatán frecuentemente está al cuidado de su hermano pequeño, Rafael, de nueve años de edad. Este chico es más tímido, más callado que el resto de las personas. Físicamente los hermanos son muy parecidos, pero mentalmente no se asemejan en absoluto. Jonatán es decidido y confía plenamente en sí mismo, sabe resolver los problemas por sí solo, Rafael no.

Los padres de los chicos apenas se tienen afecto mutuo, entre ellos hay tensión y tirantez. Éstos discuten frecuentemente por problemas sin importancia, creando así un desagradable ambiente doméstico.

Es verano, el padre de familia sale desganado de trabajar. Está asfixiado, su trabajo es pura basura; tiene que soportar las constantes humillaciones de los encargados, y las tediosas horas extras impagadas. Por otro lado, ha perdido el cariño de su esposa y la calidez de su hogar. Su conflicto interno ha cegado su buen juicio, está claro que no aguantará mucho más la presión a la que está sometido.

No va a su casa directamente, prefiere dirigirse a su bar de costumbre. Una vez allí, en completa soledad, bebe hasta alcanzar un avanzado estado etílico. Con voz temblorosa, maldice a su familia, los culpa de todos sus males, de haberles robado su libertad y posibles éxitos en la vida.

Alza la vista de su vaso, mira por la sucia ventana del local para ver que la noche ha caído sobre él. “Ésta se va a enfadar otra vez”, piensa. Paga la cuenta y se dirige a su hogar, ya nada le es importante. ¿Qué más le da luchar por una familia desunida? ¿De qué sirve vivir, si careces de valor?

Frustrado, llega a su pequeño piso. “No quiero entrar...”, piensa. Torpemente introduce las llaves en la puerta, la abre y entra por la misma. Ve la repetida imagen de su esposa en el sofá viendo la televisión, su rostro refleja la ya de costumbre expresión de enfado. Ella no le saluda. Apenado, le pregunta a su mujer:

— ¿No me saludas?

— ¿Para qué? —contesta malhumorada.

Éste mira al suelo, toma aliento, y dice de forma acalorada:

— Chicos, iros a vuestro cuarto...

Sus hijos se temen otra discusión. Sin mediar palabra, hacen caso a su padre. Jonatán aprieta fuertemente su mandíbula mientras los mira con asco, la impotencia de no poder hacer nada lo supera.

Para él, es habitual esquivar las fuertes discusiones paternas. Esta situación, acompañada del poco afecto que recibe de sus progenitores, hace que los desprecie. Su hermano es más ingenuo, piensa que la triste situación familiar se puede arreglar aún.

Una vez en su habitación, Jonatán se sienta y dice:

— Que cansado estoy ya de esto...

Rafael ni siquiera contesta, tan solo se tumba en su cama. El padre de familia mira a su mujer, está claramente enfadada. En vista de que sus hijos ya no están, le dice:

— Ya ni si quiera me miras...

— ¿Y qué coño quieres que te diga?

La encolerizada pareja empieza a discutir a voces, los fuertes gritos traspasan las paredes, pueden apreciarse con claridad en la habitación de los niños. Jonatán nota como cada vez el tono de voz es más alto y agresivo, el chico finge que la trifulca no le importa y comienza a ordenar sus cosas. Su hermano pequeño sigue tumbado sufriendo en silencio.

Ha pasado un rato, la discusión continúa en su máximo apogeo; entonces ocurre algo inesperado, los hermanos oyen fuertes golpes y a su madre gritando desesperada. Una cruda sensación de incertidumbre atraviesa a Jonatán. “¿Qué está ocurriendo?”, piensa. Se levanta de la silla y atraviesa corriendo la puerta de su cuarto.

El tiempo se para en seco, el chico ve a su madre tendida en el suelo. Uno de sus ojos rezuma sangre, tiene la mandíbula desencajada y el rostro magullado; junto a ella está su padre golpeándola lleno de ira. Jonatán es incapaz de mover un solo músculo, le tiemblan la punta de sus dedos, con miedo observa que su progenitor ha perdido el juicio. El padre, al ver que su hijo ha salido de su habitación, le grita:

— ¡TE DIJE QUE TE QUEDARAS DENTRO!

Éste golpea fuertemente al muchacho en la cara, el joven cae al suelo. El padre observa a su hijo tirado sobre el piso, se agacha y lo agarra del pecho. Al tocarlo con sus ensangrentadas manos, nota que está tiritando de miedo. Molesto por ver a su hijo temblar, le dice:

— Yo no he criado a un cobarde...

Acto seguido, lo golpea con todas sus fuerzas en el rostro. Con cada golpe asistido, nota como las fuerzas de su hijo van en declive. Prosigue pegándole hasta que el chico no puede más: está lacio, inmóvil, sin fuerzas para defenderse.

Su padre para, observa detenidamente a Joni. Ve que le ha partido en dos el labio del perfil izquierdo, además de producirle una hemorragia externa, y una severa inflamación facial.

Aquel hombre se muestra satisfecho de haberle enseñado a su hijo “una lección”; acto seguido, lo lanza con extrema brusquedad hacia el interior de su cuarto, cierra la puerta, coloca muebles delante de la misma y la inutiliza atrancándola.

Jonatán está tirado en el suelo, su padre nunca le ha pegado tan fuerte. El chico comienza a gemir de dolor y a resoplar, con escasas fuerzas logra levantarse. Se apoya en un mueble y toma aire lentamente; entonces empieza a sentir un gran mareo. Se toca la cara notándola inflamada, baja lentamente su mano hasta llegar a sus labios, percibe que prácticamente los tiene partido en dos.

Un contundente golpe resuena en la casa, su madre ha dejado de gritar, Jonatán se teme lo peor. Sobrecogido, pega el oído a la puerta de su habitación, éste escucha a su padre respirando fuertemente. El pánico es absoluto, ¿qué hará ahora? ¿Acaso entrará a su habitación y los dañará también a ellos?

Un fuerte grito rompe el silencio, el padre se ha vuelto completamente loco, no para de vociferar mientras destroza sus pertenencias. Jonatán solo oye golpes y gritos por todas partes. De forma repentina, todo se para en seco. El chico tan solo escucha la fuerte respiración de su progenitor junto a unos pasos. Puede oír un cajón abriéndose, el sonido del manoseo de los cubiertos de metal, percibe un último sollozo, un cuerpo desplomándose contra el suelo y luego, el silencio absoluto.

Un vecino del piso superior ha oído todo lo ocurrido, éste ha llamado de inmediato a emergencias. Al poco tiempo, una ambulancia, junto a varios coches patrulla, se dirigen a toda velocidad al hogar de esta desdichada familia.

El vecino que llamó a las autoridades está esperándolos en el portal. Cruzado de brazos, piensa en todas las veces que los oyó discutir. Sabía que aquella familia tenía problemas, pero nunca pensó que podían expresar su hostilidad de forma física.

Llegan los coches patrulla. Baja del vehículo un agente que, a pesar de su joven edad, su aspecto es de cansado y un poco descuidado, como si un gran peso recayera sobre su espalda; tiene grandes ojeras, una entristecida expresión facial, de complexión fuerte y severa apariencia, su rostro refleja que esconde algo. Su nombre es Sánchez, el agente Sánchez.

Aquel policía le pregunta al vecino sobre lo ocurrido, éste se lo cuenta todo y le indica el piso donde escuchó los gritos, tras esto, varios agentes suben.

— Policía del estado, abran la puerta — dice Sánchez mientras pega.

Nadie responde, entonces fuerzan la puerta y entran al piso. Éstos divisan que el infeliz matrimonio ha terminado de forma trágica su discusión. El marido apaleó a su esposa hasta

llevarla a la muerte. Por lo visto, no soportó el peso de haber asesinado a la mujer que amó, por lo cual se rebanó el cuello. La sangre se encuentra esparramada por el suelo.

La escena es demasiado cruda, amarga. Uno de los policías no puede soportarla y sale fuera a tomar el aire. Éstos inspeccionan el lugar a fondo, observan que una de las puertas se encuentra obstruida, hay varios muebles frente a ella. Los agentes retiran los muebles y le quitan el bloqueo. Al entrar por la misma, encuentran a los niños en estado de shock.

Rafael está muy impactado para pensar con claridad, esto es demasiado para él. Por otro lado, Jonatán está muy pensativo y asustado. Rafa rompe a llorar al ver a los agentes. Sánchez, al divisar al pequeño, se dice para sí mismo: “encima tenían hijos...”.

Éste se enternece con Rafa, se acerca a él y lo coge en brazos para sacarlo de la casa. Para proteger su inocencia, le dice: “no mires hijo, cierra los ojos y no mires”. Otro agente examina a Jonatán para verificar su estado físico, tras ver sus lesiones, lo escolta a la ambulancia.

Joni sale de su habitación, entonces ve la casa completamente destrozada. En el salón se encuentra su fallecida madre tendida sobre un sangriento charco. Incrédulo, observa que su cara está irreconocible: tiene los dientes rotos, la mandíbula partida en varias zonas, la nariz hundida, el rostro inflamado, además de estar bañada en sangre. En la cocina ve a su padre con el cuello degollado.

Esa traumática escena marcará al chico de por vida, demostrándole que, en el fondo, tus acciones nunca valdrán nada si dependes de alguien, que por mucho que te esfuerces, tu vida puede cambiar drásticamente por las decisiones de los demás. Eso significa ser débil, si pueden manipular tu vida y manosearla a su antojo, es porque dependes de ellos, eso te convierte en débil.

En este caso, su propio padre le ha destrozado la vida porque dependía de él. Si Jonatán hubiera escapado de su negativo ambiente doméstico en su momento, ahora su vida no estaría desmoronada.

Nada se puede hacer ya por los fallecidos padres de los chicos, tan solo meterlos en bolsas de plástico y llevarlos al depósito de cadáveres, pero deben de hacer algo con aquellos niños.

Jonatán está siendo atendido en la ambulancia, le han dado puntos en su labio partido y le han proporcionado antibióticos. Iban a llevarlo al hospital, pero el Joven, totalmente encolerizado, se ha negado en rotundo a separarse de su hermano.

Sánchez, al verlo maldiciendo a los sanitarios, se acerca a éste y le dice:

— Chico, ¿qué demonios te pasa? ¿No ves que necesitas atención médica?

— ¿Y usted está ciego? —dice con dificultades al hablar por culpa de su labio partido—. ¿No ve que mi hermano está temblando de miedo? —señalándolo—. Ya tendré tiempo de ir al hospital, no pienso dejarlo solo.

Sánchez recapacita, analiza al colérico muchacho. Piensa que si su salud peligrase, no atacaría verbalmente con tanta fuerza a sus sanadores; entonces sonrío para sí mismo y le dice al servicio médico:

— Los llevaré a la comisaría, ¿el joven está estable?

— Sí, bueno, la inflamación facial bajará con los antibióticos, por lo demás, todo está desinfectado y suturado.

Sánchez se acerca a Jonatán, diciéndole:

— Ven conmigo, os llevaré a comisaría.

El joven le hace caso, baja de la ambulancia y lo sigue. Ambos se acercan a Rafa, el pequeño se impresiona al ver a su hermano lleno de vendajes ensangrentados. Sánchez le coge la mano, notándola fría y temblorosa, entonces lleva a los chicos a su vehículo policial, los introduce en él, arranca y se dirigen a la comisaría.

Por el camino, Rafael tiene la mirada perdida. Su dolor es intenso, no sabe cómo exteriorizarlo. Por otra parte, Jonatán está totalmente centrado, muy pensativo por todo lo que le ha ocurrido.

El traumatado joven no deja de darle vueltas a una cosa, dejando de lado la terrorífica visión de ver a sus padres muertos y el miedo que ha pasado, de entre toda la negrura y la amargura, ha sacado una conclusión que le hará llevar mejor aquello haciéndolo más fuerte: se han acabado los problemas en su hogar, por fin puede respirar tranquilo y volver a dormir por las noches en paz.

Se han acabado los gritos, la falta de afecto, tener que soportar a tus violentos padres día sí y día también, se ha acabado el infierno que supuso vivir en aquella casa. Esto hace que el joven vea todo lo ocurrido como una liberación, más que una pérdida.

Por otro lado, no tienen a dónde ir, nadie que los acogiese. ¿Qué iba a ser de ellos? Jonatán sabe perfectamente esto, pensar en su futuro le produce temor e incertidumbre.

Mientras conduce, Sánchez los mira por el espejo retrovisor, reflexiona preguntándose: “¿cómo un hombre puede llegar a matar a su mujer?”. Para él, una esposa es la persona en la que más puedes confiar, la que te hace sentir más seguro de ti mismo y te permite crecer como ser humano. Simplemente no lo entiende.

Éstos llegan a la pequeña comisaría. El edificio se encuentra cercado por una demacrada tela metálica, la cual está oxidada por el sol.

Sánchez aparca en una de las plazas. Baja junto a los chicos del coche y se introducen en la comisaría, tras esto, se dirigen a recepción. Allí se encuentra un antiguo compañero del agente. Sánchez, al divisarlo, le saluda con mucha cordialidad:

— Hola Castillo. Tómales los datos, ¿de acuerdo?

Castillo mira a los niños y dice:

— Venid aquí —los chicos se aproximan—. Necesito todos vuestros datos: nombre, edad y demás.

Ambos colaboran contestando a todas las preguntas que les hacen. Cuando concluyen, Castillo les pregunta:

— ¿Tenéis algún familiar? ¿Algún padrino que pueda encargarse de vosotros?

Rafael, conmocionado, apenas puede responder, pero Jonatán, más consciente de la situación, niega la pregunta con la cabeza. Castillo suspira, ¿quién se encargará de los niños? Éste dice:

— Debo de hacer un par de llamadas. Esperad aquí, no tardaré.

Se levanta, y se dirige a otra habitación para telefonar a los servicios sociales. En el transcurso de la llamada, el rostro de Castillo cambia, se muestra preocupado, inquieto. Al terminar de hablar, cuelga, se enciende un cigarro y se dirige a la sala donde se encuentra Sánchez. Mientras se aproxima a él, Sánchez le dice:

— Sabes que de servicio no puedes fumar.

— Sánchez, los niños que me has traído no tienen familiares que se encarguen de ellos, están solos.

— Entonces, ¿qué hacemos con ellos?

— He telefoneado a los servicios sociales, dicen que la única institución que puede hacerse cargo de ellos es el orfanato del bosque, los demás están completos.

La expresión facial de Sánchez se torna molesta, todo un halo de mala fama rodea a aquel orfanato. Allí se les da a los niños un trato inadecuado, duros castigos sin sentido, junto a una falta total de afecto. Más que un orfanato, parece un reformatorio.

Ambos saben que no hay otra opción. Sánchez dice:

— Me dan pena... pero si no hay más remedio... —tras una breve pausa, nuevamente comenta—. No creo que las monjas de ese lugar sean como rumorean, nadie es así.

Castillo piensa lo contrario, no espera nada bueno de ese lugar, tras esto dice:

— Bueno, iré a tramitar los papeles.

— Sí, y hazles un chequeo médico. No sé porque en ese orfanato insisten tanto en que le hagan chequeos médicos completos a los infantes antes de ingresarlos —acto seguido le quita el cigarro a Castillo—. ¡Y deja ya de fumar, joder!

Castillo se va, Sánchez vuelve a sus cosas. Una extraña sensación lo invade, un mal augurio le invita a pensar que nada bueno les esperará a los pequeños en dicho orfanato. Todos saben la mala fama de aquel lugar, pero, ¿qué otra solución hay?

Castillo se dirige hacia la recepción. Les cuenta a los chicos que su futuro hogar será el orfanato situado en el bosque. Por fortuna, éstos desconocen su mala reputación, así que no se lo han tomado demasiado mal.